

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Junio de 1933

Núm. 98

Teodoro Dreiser

GRANDEZA Y DECADENCIA DE LA NOVELA REALISTA NORTE- AMERICANA

PROBABLEMENTE, los más antiguos y artísticos temperamentos literarios de Norte América, para inspirarse, buscaron a los más grandes maestros realistas de la novela en Europa, así como para guiarse al retratar la vida norteamericana. En las historias de la literatura norteamericana que he leído no hay ninguna referencia de importancia respecto al origen de tales intentos primitivos. Empezando, sin embargo, con «typee» de Melville, con «The Scarlett Letter» (La letra roja) de Hawthorne, y con los avances muy personales, si bien no por completo realistas, de Poe y Whitman, tenemos al menos norteamericanos que resultan debiendo muy poco, o casi nada, a sus contemporáneos del extranjero. Es un hecho que Europa y el mundo han aprendido algo de ellos.

Para la fecha exacta de la primera pintura realista de ambiente norteamericano, tenemos que retroceder a la primera mitad del siglo pasado. «The Diary of a Forty-Niner» (El Diario de un hombre de 1849), hallado en la choza abandonada de un minero de California, es una notable pieza de actualidad y de naturalismo. En ella, en su trama, y en pleno trabajo por

los arroyuelos áureos de la montaña, hallamos al verdadero hombre de 1849. Ese libro no fenecerá. En cambio, «Uncle Tom's Cabin» (La cabaña del tío Tom), «Dred» y «The Scarlett Letter» son combinaciones de novela y de realismo. Cuanto a lo que sigue, en América del Norte, pronto surgen autores relativamente realistas, como Henry James, William Dean Howells, Bret Harte, Mark Twain y Robert Grant. Personalmente yo descarto a James en su mayor parte, por ser demasiado estrecho y apenas consciente de clase, así como rechazo bastante de Howells, por ser indiferente en materia social, y por ignorante, lo que es peor, excepto en su «Their Wedding Journey» (Su viaje nupcial). En cambio, su «Rise of Silas Lapham» (El auge de Silas Lapham), altamente convencional, debe ser descartado sin mayor contemplación.

Eliminados esos, la corriente realista se traslada a 1886, cuando Chicago presentaba a Henry B. Fuller y su «With the Procession» (formando parte de la procesión), como la más profunda pieza realista que esa década u otra hubiesen producido. En efecto, Fuller parece haber iniciado la verdadera novela realista norteamericana. En ella pinta la época que precedió a la Guerra civil; y a través de los actos y psicología de sus personajes y de la atmósfera comercial y social anteriores a esa guerra, podemos asomarnos al ambiente norteamericano del verdadero Chicago de entonces. En efecto, en ese libro mucho más que en los centenares de comentarios descuidados e inferiores que surgieron de él, establecemos contacto con el origen de los grandes negocios y con el medio ambiente social que los rodeaba. Si hay alguien que pueda llamarse padre del realismo norteamericano, es Henry B. Fuller.

Pero eso era en 1886, y desde entonces ha transcurrido casi medio siglo. Y en lo relativo a un acabado

cuadro de la vida norteamericana, ¿qué poseemos? Si uno acepta a los maestros del realismo de Francia, Rusia, Alemania o Inglaterra como guías, tendría que tener en vista un credo literario que insistiese en que la mayor lucha del hombre es contra su destino; que el carácter humano está siempre azuzado contra las circunstancias destructoras, y que la lucha, si no se pierde, en lo mejor de la acción, se pierde con más certeza después, al decaer la juventud y el vigor y todas las ambiciones y éxitos que acompañan a los mejores años del hombre.

Y en los más inmediatos y verdaderos retratistas de la vida norteamericana, hallamos este credo en culminación. Dos de los más antiguos surgen prácticamente a un tiempo: Stephen Crane con su «Red Badge of Courage» (La escarapela roja de la valentía), considerado a menudo como «pioneer» de la obra realista en tierra norteamericana; y Hamlin Garland, con su «Main Travelled Roads» (Camino reales recorridos), estudio realista de la vida rural de sus días, publicado en 1894. En esas obras, por cierto, que el hombre lucha, y desesperadamente, contra su destino.

Después de ellos, tenemos, en Marzo de 1899, a Frank Norris con la novela «McTeague», que según su hermano Carlos la empezó en 1891, pero no la terminó hasta 1897, y no la publicó sino en Marzo de 1899. Aquí tenemos una espléndida muestra de lo que podría ser el realismo norteamericano, tal como lo proporciona América del Norte. Es el verdadero sucesor de «With the Procession». Un año más tarde aparecen «Quick Band» (La tembladera) por Hervey White, obra rígida y constreñida; «The Story of Eva» (La historia de Eva) por Will Payne, otro fuerte libro, «The Damnation of Theron Ware» (El castigo de Theron Ware) por Harold Frederic, tan verdadera como movida; y por Brand Whitlock, «The 13th

District» (La jurisdicción trigésima), otro esfuerzo valioso aunque desmedrado por su aparente aceptación sincera de la pretendida moral corriente. También es de ese año «Sister Carrie» (La hermanita Carolina). Todas esas obras por un momento fueron rechazadas por la religiosidad y la moral espúreas de entonces, como si hubiesen sido portadoras de los más virulentos venenos. Verdaderamente sus autores, como yo mismo, con «Sister Carrie» fueron rechazados y condenados como indignos y vergonzosos, por el público, tanto como por los editores y los críticos.

Yo viví ese período. Leí las obras en cuestión y contemplé, con extremo placer y aprobación, sus méritos y promesas. Sin embargo, aun cuando mi propio libro fué suprimido y los otros fueron olvidados, mientras que la segunda novela de Norris «The Pitt» (El Pozo), publicada en 1912, era traicionada y abortaba gracias al craso comercialismo de sus asesores literarios, no llego a comprender que sólo el editor norteamericano, el diario o los críticos, de entonces, sino también acaso el verdadero carácter de ilusión mental de la gente norteamericana, fueran fatales a cualquier intento honrado de acercarse a la áspera y grosera vida que se hacía entonces y que no afrontaría por sí misma o permitiría hacerlo a cualquiera de sus llamados representantes literarios. Abreviando, la supresión de la última novela citada no fué hecha por un editor sino más bien por el mismo público norteamericano. Y fué completa. Ellos murieron y sus libros, con excepción de «McTeague» y «Sister Carrie», continúan muertos hoy. Realmente, por allá en 1908, cuando yo hacía críticas para «The Smart Set» me dí cuenta de que críticos como Narry L. Mencken, ignoraban por completo no sólo la obra de

Norris sino también aquella de otros contemporáneos míos. Y la de quienes fueron verdaderos precursores en tal terreno. En prueba de ello indico examinar, a quien lo quiera, la introducción de Mancken a «Mc-Teague», en la edición completa de obras de Norris publicada en 1929, donde hallará que este autor se refiere a Norris como «pioneer» del realismo norteamericano, ignorando a Melville, James, Wharton, Fuller y Crane. H. G. Wells está todavía seguro de que era Stephen Crane quien llevaba el panderero.

El mismo Henry B. Fuller fué, en 1913, quien me explicó por qué no había estimado su labor. La razón fué, según lo aseguraba, que se vió atacado por la más ultrajante y vociferadora turba de críticos, puritanos o románticos desposeídos de mentalidad, que comenzaron a propalar que sus trabajos no sólo eran libelos sobre la vida, sino que eran aún indignos de leerse. En su propio mundo de Chicago y dentro del círculo de amigos no sólo halló la desaprobación personal, sino hasta la injuria.

Sensitivo como era, tanto como amante de la sociedad de que formaba parte, según me lo explicó, hubo de desistir para encarar el destierro social tanto como el literario. En Chicago y en 1913 también Hamlin Garland me dijo que la realidad de las groseras fases de la vida diaria del mundo que observaba, y que revelaba en «Main Travelled Roads» no eran de tanta monta para su pluma como el valor y las relaciones sociales. Este autor se había casado bien y el realismo adecuado a la vida norteamericana de entonces, como en mi caso, atenuaba el ostracismo social. Estoy seguro de que tanto Will Payne como Harold Frederic, atacados como fueron por sus aventuras realistas, se contentaron hasta dejarse seducir por «The Saturday Evening Post», donde más tarde aparecieron sus espúreos trabajos.

Pero la historia no termina ahí. Hay al menos tres aspectos que llevan esta farsa dramática a un trance burlesco. Uno de ellos es la línea de héroes pseudo-realistas que, precediendo e inmediatamente sucediendo a esos precursores, con aliento y estilo altisonante tomaron posesión de la escena en nombre del Realismo: 1. Richard Harding Davis (el de las narraciones de Van Bibber); 2. Robert W. Chambers (su «King in Yellow», elogiado nada menos que por James Huneker); 3. Paul Leicester Ford (su libro «The Honorable Peter Sterling» considerado de gran realismo); 4. Brand Whitlock (después de todo, en lo sexual, excepto en los convencionalismos matrimoniales, un honrado realista); 5. Robert Herrick (un romántico con escrúpulos realistas); 6. O. Henry (excepto media docena de cuentos, simple vaudeville literario); 7. Jack London (iguales partes de realismo y novela mezclados según el gusto popular corriente); 8. David Graham Phillips (considerado por Frank Norris y Mencken como un maestro en su arte; espanta-pájaros en el sembrado literario); 9. Booth Tarkington (dulces 16 años y amor eterno); 10. Will Levington Confort (Dios está en su trono); 11. George Bronson Howard (un romántico que decidió ser realista, pero sin saberlo); 12. Arthur Train (un romántico intrigado por el realismo de los asuntos legales); 13. Hervey Fergusson (coronado por Mencken y nadie más); 14. Joseph Hergesheimer (ahora reducido a perfumes y ropa blanca y todavía ayudado por Mencken, y nadie más); y 15. Samuel Hopkins Adams (un estadístico que decidió usar la novela como medio de reforma social).

La segunda fase es tan ridícula como la primera; más aun: es absurda. Parece haberse formado en torno al dogma de que no sólo debía fomentarse el genio del realismo, sino que debía ser alimentado y nutrido en forma tal que engendrara una escuela com-

pleta de realistas norteamericanos. Las fuentes de inspiración de esa idea fueron los precursores antes nombrados. Sus auspiciadores críticos fueron, primero Huneker y después de él Mencken. En cuanto a Norris, muerto a los treinta y un años, había sido glorificado por «McTeague» y «The Octopus» (El pulpo). La suerte de «Sister Carrie», presumiblemente sepultada en América del Norte por Frank Doubleday, pero al menos viva en Inglaterra y en el Continente, es un nuevo trastazo. Hasta había quienes, leyendo «Quicksand», «The Damnation of Theron Ware», y «The Story of Eva» habían adquirido en consecuencia un pregusto de lo que debía ser una «comédie humaine» norteamericana. Todo ello había capacitado su pupila para un retrato verdaderamente significativo de América, y ya en 1907, por parte de Huneker, y en 1909, por parte de Mencken, hubo invitaciones a un realismo con la profundidad de un Zola y de un Balzac.

Habiendo muerto Norris, los señores Huneker y Mencken se fijaron exclusivamente en mí, y esperaron de parte mía todo esfuerzo posterior. Después de esa fecha, cada nuevo escritor de alguna condición realista era favorecido con galardones hasta más allá de sus méritos. Es la verdad respecto a Jack London, O. Henry y David Graham Phillips, para nombrar sino tres. Realmente, tan anhelante fué la acogida y tan insistente la espera, que de 1909 a 1910, fecha en que asumen el control crítico de «The Smart Set», los señores Mencken y Nathan, ya se había establecido en esa previsorá editorial una escuela para jóvenes realistas norteamericanas, al mando supremo de Mencken, y, en lo relativo al teatro, de George Jean Nathan.

Después, en los departamentos de casi todo colegio

y escuela del país se iniciaron cursos que ofrecían una educación completa en el arte del realismo. El horrible resultado de todo eso lo vemos hasta hoy. Los anaqueles de mi librería se doblegan bajo el peso de todo linaje de literatura pseudo-realista de esa época, cuya inspiración tiene rastros de Mencken. Pues bajo su resonante jefatura literaria, todo diario o periódico de alguna tenida crítica dió luego en el negocio de presentar, ya no mensual sino semanalmente, a algún nuevo genio innegable, predestinado en el género maestro! Y para mejor asegurar el último espaldarazo, también se empezó, por el mismo tiempo, el uso de la faja etiquetada en el libro, lo que era como el endoso del emocionado editor, que respondía con la mano al pecho de su nuevo presentado.

Semejante nueva táctica respecto a las grandes ediciones y al negocio de libros y su provecho, capitalizó la esperanza nacional en un simple recurso de comercio al alcance de todo editor ambicioso y poco honrado, para hacer pingües ventas. En efecto, hasta el año de 1929, en que llegó nuestra depresión nacional y todo se modificó, el descubrimiento de genios del realismo se había convertido en base del negocio de toda casa editora que no quería ver exhaustas sus arcas.

Cual más cual menos, en todo ese período de incubación realista, surgieron o desaparecieron los siguientes realistas, con o sin aceptación: Upton Sinclair: «The Jungle» (La selva), «Love's Pilgrimage» (Peregrinaje de amor); Haris Merton Lyon: «Sardonic», «Graphics»; Neith Boyce: «Proud Lady» (La dama altiva); Stephen French Withman: «Predestined» (Predestinado); Robert Steel: «One Man» (Un hombre); Louis Joseph Vance: «Joan Thursday»; Sherwood Anderson: «Selected Short Stories» (Novelas cortas selectas); Albert Edwards: «A Man's Word» (El mundo de un hombre); Willa Cather:

«My Antonia» (Mi Antonia); Evelyn Scott: «The Narrow House» (La casa estrecha); Konrad Bercovici: «Crimes of Charity: (Los crímenes de la caridad); Charles Fort: «The Outcast Manufacturers» (Los fabricantes fuera de la ley); Sinclair Lewis: «Main Street» (La calle central); Homer Croy: «West of the Water Tower»; (Al oeste de la Torre del agua); Floyd Dell: «Moon Calf» (Las manchas de la luna); Abraham Cahan: «The rise of David Levinsky» (La ascensión de David Levinsky); John Dos Passos: «Manhattan Transfer» (La estación de cruce de Manhattan); Samuel Ornitz: «Haunch Paunch and Jowl»; Ernest Hemingway: «A Farewell to arms» (Adiós a las filas); Henry K. Marck; «Undertow»; Helen Grace Carlisle: «Mother's Cry» (El grito de la madre); Du Bose Heyward: «Porgy»; William Faulkner: «Sanctuary» (El Santuario). De estos, como se sabe, bien, los éxitos claros o casi éxitos fueron: Sinclair, Cather, Anderson, Lewis, Dell, Dos Passos, Hemingway y Faulkner. Los otros gozaron de un breve resplandor de gloria, para hundirse después en el anonimato.

Sin embargo, hoy todavía se espera la gran novela realista norteamericana. Su realización, o lo que es peor, su realización aproximada, como en «With the Procession», «The Story of Eva», «Quicksand», «One Man», «The Outcast Manufacturers», «The Narrow House», «Joan Thursday» y «The Rise of David Levinsky», no ha sido reconocida. El crítico, el editor y el lector previo están todavía en acecho. Pero todos la descuidan para aceptar la enteramente falsa. No hay sino que pensar en la venta de obras del primer grupo mencionado para luego ver el destino suyo. En efecto, tan endeble es el sentido crítico y el gusto del público norteamericano, que una obra realista en extremo fina, publicada en su propia defensa por un genio literario inconsciente de sí mismo,

Jared Flagg («The Crimes of Jared Flagg», Los crímenes de J. F.) ha sido dejada hundirse en las simas del olvido, por suponerse que era una falsa defensa hecha por un hombre inmoral y deshonorado.

Entretanto ha venido y ha pasado uno de los más asombrosos períodos de la historia del mundo: la grandeza, dominio y caída del sistema industrial. Surgieron los gigantes. Se libraron guerras. Hombres y mujeres, por millones, fueron esclavizados, agobiados, muertos de hambre y asesinados. Como las religiones y los reyes en otra época, el vulgar y brutal Dinero se ha sentado en un trono y no sólo ha ejercido su dictadura sino que hasta ha fijado la norma para la vida del hombre. En vez de los palacios y las catedrales de ayer, ha levantado fábricas y rascacielos, exclamando: «¡Deteneos! Respetadme! Así es como debe ser el mundo»!

Entretanto, también, algo insensato, mediocre y ñoño, pasa por ser literatura realista. Ello se nota en el creciente número de las librerías circulantes de la vecindad y en los anaqueles de libros de las cigarre-rías y droguerías, repletas con las últimas producciones, que pretenden no solamente reflejar la realidad, sino hasta agotar la visión de lo ingenioso así como de lo sucio de la vida norteamericana. Esos libros, desde luego, son curiosos. Su psicología no está del todo mal, aunque sea sólo psicología de antesala y de salón de té. La acción no es lenta, sino, por el contrario. Pero no hay en ellos una línea de condiciones reales, de emociones reales, de gente real, de drama real, de tragedia real. Y son comprados, en su mayor parte, nada más que por una gente irreal, una gente con nociones formadas sobre lo que quisieran ser y no sobre lo que realmente son.

(Traducción especial del inglés para ATENEA, por Neftalí Agrella).